

hubo en sojuzgar gentes que apenas vivían para otro fin que para comerse unos á otros. Quisiera que me dijeran si el género humano ha logrado más ventajas con las guerras de Europa que con la conquista de América; si es más perjudicial aniquilar la barbarie que degollarse hombres no bárbaros por servir á la ambición, al interés ó á la vanidad, que han sido por lo común el derecho de gentes de Europa.»

Oír hablar así á *Bernal Diaz* no causó admiración en el Parnaso, porque allí la comunicación con tanto hombre sabio da lustre á los talentos cuando ellos en sí tienen apta disposición: tal es la fuerza del trato con los buenos. *Casas*, inflexible, según su costumbre, declamó de nuevo contra el repartimiento de los indios en encomiendas, y cargó sobre este punto todo el peso de sus exclamaciones, por haber sido, á su entender, la causa fundamental que ocasionó la despoblación de América, y la que dió motivo á las extorsiones y crueldades que se usaron con aquellas desdichadas criaturas. Pero saliéndole al encuentro un jurisconsulto tudesco, le dijo que mientras hubiese feudos y barones en Alemania y compra de negros en Inglaterra, era menester no chistar sobre las encomiendas de América, y despues, derramándose en profusa erudición, tejió punto por punto la historia de la esclavitud, mostrando que sus mayores fautores fueron los austerísimos espartanos, los magníficos macedonios, los cultísimos atenienses y los generosísimos romanos, cuyas leyes convirtieron en bestias á los hombres, al revés de lo que sucedió con la esclavitud entablada en América, la cual convirtió en hombres á los brutos. *Quevedo* apretó entonces los puños de su agudeza, é hizo una solemne rechifla de Raynal y su comitiva, diciéndoles que ciertamente las desengañadas doctrinas del siglo XVIII habían acarreado el secreto especialísimo de hacer la guerra sin matar, quemar ni esclavizar, y dígalo el inmortal *Federico*, aquel monarca filósofo, que en beneficio de la humanidad, despues de escribir contra Maquiavelo, estuvo siete años continuos derramando sangre humana, para probar con las bayonetas que tenía derecho á esclavizar á los moradores de una pequeñísima parte de la parte más pequeña de las cuatro en que está dividida la tierra; es verdad que esta guerra, dirigida á dominar en treinta leguas de la deliciosa Alemania, duró más años que los que se tardó en subyugar el Nuevo Mundo, y lo es también que costó, por lo ménos, tanta carnicería como la conquista de dos vastísimos imperios, fuentes inagotables de la riqueza mayor que ha conocido la avaricia ó la necesidad de los soberanos; pero *Federico* era filósofo y poseía salvo-conducto para que en él fuese gloriosa la inhumanidad. Riendo unos y arguyendo otros, la disputa se convirtió en algazara, y fué preciso que Apolo los hiciese callar, resolviendo por sí la contienda con esta brevisima decisión.

«Europa es hoy culta, porque los romanos, degollando y esclavizando á sus antiguos salvajes, trasladaron á ella las ciencias, las artes y la suavidad de costumbres que ellos habían ya adquirido por el trato con Grecia y sus conquistas de Oriente. Mejorar la especie racional siempre es laudable, aunque sea á costa de afligirla por algún tiempo. Obligar al bárbaro á que no lo sea, cuando su barbarie es perniciosa ó ignominiosa al linaje humano, nadie, sino quien ame la barbaridad, lo tendrá por delito. La ley principal de la naturaleza del hombre, que es su conservación en el orden debido física y moralmente, no se cumpliría, no se observaría en la tierra si no fuese lícito sacar de su error á los que han degenerado de su especie, con daño de sus semejantes. La su-

prema obligación de los soberanos está en celar que las leyes de la naturaleza no padezcan detrimento entre los hombres; éste fué el escalon primero que los sabió á la soberanía; y su potestad, en los primeros impulsos, sólo á este fin empuñó el cetro y ciñó la espada. De hombre á hombre corría este derecho en el estado anterior á las autoridades civiles. En ellas quedó depositado el derecho de los individuos, y á ellas incumbió hoy el cuidado de que ninguna nación ose quebrantar las leyes de la naturaleza humana, porque á ellas se encomendó la potestad de hacer que los hombres no vivan como fieras.»

Con esta resolución quedaron cortados los debates, y los americanos concurrieron á la pompa de las exequias, no forzados, ni á guisa de galeotes, sino contentísimos y rebosando agradecimiento, porque cada uno de ellos se consideraba ya exento del riesgo de que le arrancasen el corazón ante un ídolo horrendo, ó de ser cazado para servir de manjar á un rancho de canibales.

Representados en bultos de cera, iban en pos de los libertos algunos ascendientes ó progenitores de la difunta. Apolo no quiso que fueran todos, porque no en todos hubo méritos para que se honrara con ellos su posteridad. Sobresalian las lenguas griega, latina y árabe, y nadie echó de ménos á la goda, al revés de lo que sucedió en el entierro de Junia, hermana de Bruto y mujer de Casio, que toda la ciudad fijó la atención en estos dos célebres republicanos, por lo mismo que no los vió entre las imágenes de la familia. El tipo ó fondo de nuestra lengua es latino-gótico; de las demas no heredó sino voces y armonía; pero Apolo dijo que la mezcla del carácter gótico destruyó la energía, variedad y fecundidad latina; endureció sus períodos, y pegó á las lenguas modernas la esterilidad que era consiguiente á la selvaticidad de las gentes del Norte, no de otro modo que desfiguró la belleza de las artes y la civilidad de las costumbres. Notamos allí que habiendo en el Parnaso no poca nobleza española, no hubo ni siquiera un hidalgo montañés que saliese á la defensa de la nación goda. Debíó de consistir en que, como los nobles que hay allí son sabios, ninguno debía pensar tan neciamente que creyese haber debido á su genealogía las calidades de su espíritu, ni haber arribado á la inmortalidad por continuar en sí la raza de una gente facinerosa.

Aparecieron despues *fray Luis de Leon* y *Bartolomé de Argensola*, capitaneando la dilatada procesion de varones sabios de España, que con su talento y doctrina habían cultivado, hermoseado y perfeccionado la lengua de su patria. Como en el Parnaso no se conoce otra etiqueta que la que resulta de la utilidad de las artes, del influjo que éstas tienen en las mejoras del entendimiento, y de la mayor ó menor excelencia con que las han tratado sus profesores; el orden con que caminaba aquella comitiva presentaba un verdadero árbol científico, ó lo que es lo mismo, la progresion de las letras en España y los grados de su perfección.

Antecedían los poetas, porque en España, así como en todas las naciones que han cultivado las potencias del ánimo, fué la poesía la que abrió el camino á los progresos de la sabiduría; y de los poetas iban en primer lugar los que habían cantado las alabanzas del Criador y las doctrinas morales; porque el hombre ha nacido primero para la virtud que para los institutos de su conveniencia y recreo; y hermanando entre sí esta primera obligación con las bellezas del ingenio, se consigne de una vez hacer á los hombres cultos y virtuosos, lo cual es propiamente procurar que florezca en ellos la constitucion de su racionalidad y que no degeneren. Pasamos revista allí á

aquella serie de hombres respetables, por quien es hoy gloriosa España, más que por las inútiles mortandades de sus conquistas. *Luis de Leon*, magnífico, noble, sublime, igualmente grande en los números, en las galas y en los argumentos. *Fernando de Herrera*, grandilocuo, levantado, fogoso, fértil en imágenes sublimes y en locuciones hermosas. *Bartolomé de Argensola*, grave, severo, maduro, admirable en la fantasía y en la doctrina. *Francisco de Rioja*, ameno, ufano, sonoro, animado, facundísimo en la expresion poética, imitador de *Herrera*, y á veces superior á su original. *Francisco de Quevedo*, rápido, fecundo, pródigo en cosas y en modos de decir, agudo, conceptuoso, y tan versátil, que habiendo escrito en todos estilos, pareció nacido para cada uno. El *Príncipe de Esquilache*, florido, galano, aliñado, pero cándido y suave; más rico en atavíos que en cosas. *Vicente Espinel*, puro y templado, y diestrisimo en el artificio de la versificación. El *Dr. Tejada*, lleno, numeroso, diligente en excusar palabras vulgares y en usar las más cultas y escogidas. *Pedro Espinosa*, gran pintor de la naturaleza. *Jáuregui*, fluido, lozano, frondoso, si puede decirse así, gran músico en la poesía, delectable cuanto puede pedirse. El festivo y figon *Artemidoro* (1), cuya naturalidad y gracias desenfadas agradan por el mismo caso que carecen de estudio y de ornamentos buscados con sudor; *Juan de Arguñeo*, digno alumno de la escuela de *Herrera*. Era dilatadísima esta tropa, y sería nunca acabar si nos detuviésemos á hacer de ella especial enumeración. Con ellos iban *Fernán Pérez de Guzmán*, el *Marqués de Santillana*, *Cristóbal de Castillejo* y cuantos metrificaron desde el rey don Alonso el Sabio hasta *Garcilaso de la Vega*, desaliñados, simples, escasos en la imaginación; pero los más de ellos robustos y nerviosos.

Seguían á éstos los poetas dramáticos por el mismo orden. *Lope* y *Calderon* guiaban la comparsa, pomposos, desenvueltos, ágiles, llenos de espíritu y de vida, y haciendo gala de la fecundidad de su imaginación, con desprecio de las puntualidades del arte. Pisaban sus huellas *Mira de Amescua*, *Guillen de Castro*, *Velez de Guebara*, *Montalvan*, *Rojas*, *Moroto*, *Solis*, *Hoz*, *Zamora* y la demas turba de los que dramatizaron desde la época de *Lope* hasta la de *Cañizares*, en cuyas obras goza la lengua castellana un tesoro riquísimo de su propiedad y variedad elocuente para todo género de estilos y asuntos. A quien sepa leerlos con discernimiento critico, no le faltará ni qué aprender ni qué admirar en la estampa fertilidad de sus invenciones y locuciones. *Bartolomé de Torres Naharro*, *Lope de Rueda* y otros más antiguos seguían á esta tropa, y en pos de ellos los trágicos *Fernán Pérez de Oliva*, *Jerónimo Bermúdez*, *Cristóbal de Virues*, *Juan de la Cueva* y *Tanco de Fregenal* (2), que venían á rematar en el autor y en el continuador de *Celestina*.

Hizo aquí una pausa la procesion, y advirtió *Arcadio* que estos graves varones caminaban llorosos y abismados en profundísima melancolía. Persuadido á que tal congoja procedería, ó del convencimiento de las fatalidades humanas por la costumbre de expresarlas en sus tragedias, ó de la ocasion que los llevaba allí, quiso consolarlos, acordándoles la inevitable vicisitud de las cosas caducas, cuya ruina debe influir ménos en el corazón del sabio, por lo mismo que conoce las leyes con que la Providencia gobierna y mantiene el mundo. Pe-

ro volviéndose hácia él el *maestro Oliva*, y mirándole con severidad fiera y casi espantosa, «Con lágrimas de sangre (dijo) debierais vos llorar sobre vuestra patria, al ver que no pasamos de seis los poetas trágicos que ha educado en los tres siglos de su mayor esplendor. Mengua es que la escuela de los reyes y de los próceres haya sufrido el abandono lamentable que se deja ver en los que vamos aquí. ¿Qué diréis de una nación avara de lecciones y de escarmientos para aquellos en quienes son más peligrosos los vicios y los atentados? Nuestros bosquejos sirvieron sólo para indicar que la lengua española podía sola por sí consolar al teatro trágico de la pérdida que hizo en la extincion de los idiomas romano y griego; porque en sola ella cabe la majestad de dición que demanda la magnificencia de los dioses de la tierra. Pero ¡oh dolor! de nuestros conatos triunfó la monstruosidad de ingenios licenciosos, y las composiciones en que más resplandece el encanto de la poesía son, no sólo mal vistas, pero despreciables en el depravado juicio de nuestra ridícula posteridad.»

Anduvo á este punto el entierro, y aparecieron los poetas bucólicos, presididos del dulcísimo *Garcilaso*, cuyo candor, cuya ternura, cuya simplicidad, cuya rusticidad elegante, dudo yo que tenga igual en ninguna lengua de las que hoy se hablan, porque no sé de cierto si en alguna de ellas hay tanta disposición como en la nuestra para tratar con elegancia el estilo pastoril y campestre, sin que por la cultura pierda el sabor de la rusticidad. *Saá de Miranda*, duro y tosco más de lo conveniente, y *Soto de Rojas*, demasíadamente afeitado, y aún afectado (y por lo mismo uno y otro ménos bucólicos que *Garcilaso*, porque el primero no perfeccionó el estilo rústico, dejándole casi en su grosería, y el segundo le engalanó con exceso), iban detras de *Francisco de Figueroa* y del misterioso *Francisco de la Torre*, cuyos epigramas pastoriles serán siempre en su clase la mayor gloria de la poesía, por no haber en ninguna lengua cosa igual que pueda compararseles, y en cuyas canciones, odas y églogas revivió el espíritu de *Moseo* y *Teócrito* y la mejor emulacion de los bucólicos antiguos, sin agravio de *Figueroa*, admirable también por la candidez y pureza de sus idilios.

Caminaban despues los épicos precedidos de *Valbuena*, *Ariosto* de España, y semejantísimo á él en la prodigalidad de ingenio y fantasía, pudiéndose decir de su *Bernardo* que es más bien una mina de poesía que un poema. Como *Lope*, *Virues* y *Cueva* iban entre los dramáticos, no pudimos notar el grado que gozan en el Parnaso en calidad de poetas épicos. *Zúrate* llevaba á su derecha á *Cristóbal de Mesa*, y á este modo pasó otro buen número de ellos, de cuyos poemas se puede hacer el mismo juicio que de nuestras comedias, á saber, que sin haber acertado á construir una buena epopeya, han acumulado profusamente todas las riquezas de la poesía heróica; de modo que nada se hallará en *Homero*, nada en *Virgilio*, nada en *el Tasso*, que no se halle en ellos con igual grandeza, sublimidad y expresion; coligiéndose de aquí que no nos falta poesía épica, sino poema épico.

Alonso de Ercilla y *Juan Rufo* presidían á los históricos; aquél, majestuoso, noble, vivísimo en las pinturas y descripciones, maravilloso en los afectos, y pocas veces inferior á la grandeza de la trompa; éste, grave, natural, aliñado, más elocuente que poeta.

Así caminaban también los didácticos, guiados del *Conde de Rebolledo*; los epigramáticos, de *Góngora*; una y otra clase en escaso número; y por último, cerrando este gremio, los escritores del arte *Fernando Lopez*

(1) Se donó de *Micer Rey de Artieda*. (Nota del Colector.)

(2) El verdadero nombre de este poeta dramático, natural de la villa de Fregenal, es *Vasco Diaz Tanco*. (Id. id.)

Pinciano (1), *Francisco Cascales*, *Jusepe Antonio Gonzalez de Salas*, y *don Ignacio de Luzan*, todos ellos mejores en sus poéticas que en sus poemas.

En peloton confuso dentro de las filas se dejaban ver los cultos *Villamediana*, *Silveira* y sus conmitones en la tenebrosidad *gongorina*, pero ufanos del sudor grande que les debió de costar la fatiga de hacerse ridículos entre sus venideros. No iban para honor, sino para escarmiento; no para gloria de la difunta, sino para ignominia propia. Comenzó en ellos la hidropesía de nuestra lengua y la destruccion de su robusto temperamento. Palabras peregrinas, frases huecas, períodos rimbombantes, metáforas desmesuradas, rodeos afectados, traslaciones violentas, balumbo de adornos impertinentes, conceptos falsos, ponderaciones gigantescas, fueron las pócimas con que destruyeron su salud á título de hermosearla.

¡Oh! ¡Cuánto diera yo porque nuestros cuidadosos versificadores hubieran presenciado este alarde de la poesía española! Allí se nos presentó de un golpe el precio y estimación de nuestros poetas; y lamentamos allí á su vista la yerba esterilidad del siglo en que la Providencia nos ha desterrado al mundo, viendo que no pasaban de cuatro los modernos que lograron ir en compañía de aquellos varones insignes.

Seguían los prosistas elocuentes, distribuidos en diversas clases. Precedían los oradores sagrados, ascéticos y declamadores, por ser su materia aquella en que, con mayor utilidad se emplean las artes de la persuasión. Pocos conocí de los que iban allí, aunque no era escaso el número. *Juan de Avila*, *Luis de Leon*, *Luis de Granada*, *Bautista de Lanuza* (2), *Fonseca* (3), *Alfonso de Cabrera* (4), caminando con majestuosa y austera gravedad, retrataban en la misma compostura exterior el sagrado genio de su elocuencia. Sólo el verlos era una acusación muda para las disoluciones del mundo. Pintado en sus semblantes el celo que brotó por sus labios en las solemnidades religiosas, decía él por sí que aquellos hombres no subieron al púlpito para darse en espectáculo, sino para confundir los vicios y dilatar el santo imperio de la virtud. No en ellos verdades y lozanas inmodestas, no discreciones y retrucanillos de estrado, no follaje estéril, á propósito sólo para causar estrépito como en inútil selva, no sutilezas caviladas con artificio, no estilo afeminado y teatral, no frases simétricas y colocadas con afectación pueril, no metáforas, no alegorías, no figuras hacinadas con estudio insolente para embelesar necios y negociar su aplauso con la horrenda profanación de la enseñanza del Altísimo. En ellos habló la elocuencia con divina expresión por la conformidad grande que supieron acomodar entre la altura de sus asuntos y la manera de persuadirlos.

Iba á lo último el famoso *Hortensio Paravicino*, caídos los ojos, marchito el semblante, tímidos y avergon-

(1) *Fernando* llama en efecto al *Pinciano* el autógrafo de FORNER que tenemos á la vista. Pero es equivocación evidente. FORNER alude indudablemente al médico *Alonso Lopez*, llamado vulgarmente el *Pinciano*, autor de la *Filosofía antigua poética*. (Nota del Colector.)

(2) Este escritor ascético es, sin duda, *fray Jerónimo Bautista de Lanuza*, autor de unas *Homilias sobre los Evangelios*, muy celebradas en su tiempo, y traducidas en varias lenguas. (Id. id.)

(3) Este *Fonseca* es indudablemente *fray Cristóbal de Fonseca*, docto y elocuente teólogo del siglo XVI, que escribió *La vida de Cristo* y un tratado, en dos partes, *Del amor de Dios*. (Id. id.)

(4) Es aquel insigne orador sagrado que disfrutó de alto renombre por la maravillosa fuerza persuasiva de su elocuencia, por la pureza de su dicción y hasta por el metal límpido y simpático de su voz. Predicó en las exequias de Felipe II, celebradas en Santo Domingo el Real de Madrid (Octubre de 1598). Escribió algunos libros acerca de los Evangelios, y un tratado *De los escrípulos, y de sus remedios*. (Id. id.)

zados los movimientos; y no sin razón, porque, desviándose de la sublime simplicidad que debió aprender en los textos mismos sobre que predicaba, subió al púlpito las destempladas novedades de *Góngora* con felicidad tan infeliz, que vinculó en su imitación, para más de un siglo, la extravagancia y el desconcierto de la oratoria. Se le trató sin consideración á la grandeza de su ingenio, porque en ningún estilo dejó cosa imitable, y principalmente porque se obstinó en sus abusos. El testimonio de su conciencia, que le gritaba haber sido padre de la corrupción, era torcedor implacable, que no le permitía gozar con aliento desahogado las glorias de su celebridad. En efecto, las metáforas hinchadas, violentas, remotas; la dislocada colocación de las palabras en su frase ó dicción, dura, áspera, escabrosa, y lo que es peor, oscura y muchas veces incomprensible, no ya á la razón, pero á la misma gramática; la prodigalidad en derramar flores, amenidades, lozanas, brillos, oropeles y relumbrones sin discernimiento, sin elección, sin oportunidad; la intolerable afectación de envolverlo todo en rodeos y perifrasis buscados de intento para evitar la expresión natural y sencilla; los conceptos agudos, fundados en alusiones ó semejanzas vagas, que, puestas al yunque de la razón, se desvanecían en sofismas ridículos; las interpretaciones forzadas de los textos santos, trayéndolos por fiadores de bachillerías frívolas; todos estos, en fin, fueron defectos en *Hortensio*, que, aumentados con furiosa monstruosidad en los desatinados émulos de su estilo, produjeron la bárbara y desastrada vanilocuencia, que leemos con risa, cuando no con abominación, en el *Florilegio* y los demás monumentos del gerundismo.

Conviene leer estos libros, pero con la misma intención que observan las almas devotas los cuadros del infierno ó las tentaciones de San Antonio, arqueando las cejas y los cabellos espeluzados. En ellos se acumularon todos los vicios del hablar, que por algún tiempo anduvieron separados en distintas sectas. La de los *conceptistas* era diversa de la de los *cultos* en la primera mitad del siglo pasado. Uníéronse después, agregándose, para mayor belleza, la erudición impertinente y farragosa de las *poliantas*, el martilleo uniforme y cadencioso de las terminaciones de los períodos, y á veces la misma mensuración poética, con lo cual se logró á lo ménos la ventaja grandísima de que con no leer la mayor parte de los libros de este siglo, se acierte con el camino que lleva al verdadero término de la propiedad y elegancia castellana.

Apareció después la historia en dilatada familia de escritores, sin cuyo trabajo serían para nosotros los tiempos pasados como si no hubieran existido. El arte, la elocuencia robusta y la generalidad del argumento dieron el primer lugar á *Juan de Mariana*, el cual llevaba á su diestra mano á *Jerónimo de Zurita*, más sencillo, más natural, de menor artificio en el decir y en el disponer; pero diligente, exacto, ingenuo, y más atento á la substancia de las cosas que á los accidentes del arte, que desconfió á pesar de las instancias de su íntimo amigo y censor *don Antonio Agustín*. Seguíanlos *Ambrosio de Morales* y *don Prudencio de Sandoval*: aquél, grave, maduro, noble, pero embarazada frecuentemente su facundia con los exámenes y discusiones críticas y cronológicas á que le obligó la confusión grande que halló en los hechos de España, cuando trató de reducirlos á narración segura y puntual; éste, puro, blando, templado en el estilo; pero feliz investigador y relator no del todo desaliñado. *Esteban de Garibay*, diestro compilador, y *Florian de Ocampo*, restaurador elegante de nuestra historia, pi-

saban las huellas de los anteriores, y á sus espaldas caminaban *don José Pellicer de Ossau* y *D. Juan de Ferreras*; y extrañando yo tal mezcla y perturbación en el orden de precedencias, pude saber después que *Ocampo* fué, digámoslo así, la media tinta de la arte histórica en España, porque, sacando la narración del desaliño y simplicidad con que la habían tratado los cronistas anteriores al reinado de *don Fernando el V* y *doña Isabel*, tentaron ennoblecerla y subirla de punto con los ornatos oratorios, cuanto podía permitirlo la infancia en que duraban entonces las buenas letras. Por otra parte, *Pellicer* y *Ferreras* fueron los más consumados en el estudio crítico aplicado á la historia, pero abandonaron enteramente las galas de la narración, y por lo mismo en la intermediación con que caminaban á los historiadores elocuentes, se daba á entender que la crítica y el ingenio deben concurrir con igual esfuerzo para construir historias dignas de este nombre.

Pasaron después los antiguos coronistas, y después de ellos los historiadores particulares de los reinos, provincias, ciudades, héroes, familias, cuerpos y acontecimientos singulares en grandísimo número. Detrás de ellos, los que trataron la crítica histórica, presididos del *Marqués de Mondéjar*, *don Nicolás Antonio*, *fray Hermenegildo de San Pablo* (1) y *don Gregorio Mayans*. Después, los que escribieron las cosas de naciones extranjeras y por último *Jerónimo de San José*, autor del *Genio de la Historia* (2) y *Luis Cabrera de Córdoba*, diligente en los preceptos y no infeliz en la ejecución de ellos. Sería preciso tejer una historia casi tan dilatada como la de España si hubiéramos de referir por menudillo las calidades de cada uno de los historiadores para manifestar la razón del lugar que cada uno ocupaba. Bastará decir que en cada clase antecedían á los demás los que habían acertado á unir la verdad y la utilidad con la elegancia, las bellezas del ingenio con el provecho y puntualidad de las cosas; pero cuando había conflicto entre estas calidades, siempre eran preferidos los escritores veraces y útiles, aunque careciesen de ornatos y aun de cultura.

La revista que pasamos de estos hombres tan beneméritos de las excelencias de nuestra lengua, avivó en nosotros el dolor de su pérdida, porque allí se siente más la fatalidad de una ruina, donde fué mayor la grandeza de lo destruido.

La historia fué el campo donde nuestra lengua hizo alarde de sus riquezas é inexhausta fecundidad en todos los géneros del *bien decir*; fué el teatro donde representó, con deleitable propiedad, cuantos caracteres caben en la imitación expresiva de las palabras. En *Mariana* se ve su gravedad severa y concisa; en *Zurita*, su naturalidad noble y abundante; en *Morales*, su magisterio para los exámenes; en *Mendoza*, su laconismo majestuoso; en *Solis*, su fertilísima amenidad; en *Muñoz* (3), la dulzura, suavidad y ternura de sus locuciones; en *Fuenmayor* (4), su nervio y vehemencia; en

Sigüenza, su despejo y gracia nativa; en *Saavedra* la pompa y magnificencia de sus períodos, y en estos y en todos nuestros historiadores, sin excluir los medianos, su energía vivísima para pintar y representar los objetos con la misma evidencia que existen en la verdad de la naturaleza; de suerte que si en la antigua Roma el oficio de la gramática se empleaba principalmente en explicar á los muchachos la propiedad y diversos caracteres del lenguaje en los poetas, oradores é historiadores, para que con este conocimiento supiesen acomodar el estilo á las cosas, y dar á cada una el conveniente colorido, estoy yo por decir que en solos nuestros historiadores pudiera la juventud de España lograr la extensa variedad de este estudio; porque entre ellos no hay uno en quien no hable la lengua con su pureza y propiedad genuina, libre de afectaciones y adornos tenebrosos; y en los más excelentes campea la fecundidad vária de sus galas, colores y atavíos con hermosísima diversidad y esplendor.

No sucede en ellos lo que en los oradores sagrados. El ministerio de éstos se corrompió miserablemente por las extravagancias de genios noveleros. El contagio se propagó más de lo que convenia, y el buen gusto de la elocuencia padeció mortales parasismos en las escrituras ingeniosas del siglo pasado y buena parte del presente. Sola la historia desechó de sí la impertinente afectación y mantuvo la castidad del idioma sana, incontaminada, límpida. Á esta excelencia se juntaron las bellezas del ingenio en los que quisieron producir algo más que narraciones escritas con pureza y propiedad de palabras. Los objetos también, nuevos en gran parte y desconocidos de la antigüedad, proporcionaron campo vastísimo para variar los caracteres del estilo. Las producciones y costumbres del Nuevo-Mundo ampliaron los términos de la elocuencia histórica y ofrecieron inesperadas imágenes á la fantasía, nuevas combinaciones al ingenio, nuevas observaciones al juicio, nuevas reflexiones á la razón. En suma, la elocuencia española, aquella que consiste en la propiedad de las palabras, en la gravedad de las sentencias, en lo escogido de las locuciones, en la llenura y armonía de los períodos, en la viveza y fuerza de las imágenes, en el decoro y facilidad de la narración, en la naturalidad de los adornos, y por último, en no decir sino lo que se debe y como se debe. Esta elocuencia, vuelvo á decir, se goza de lleno en nuestros historiadores desde que *Florian de Ocampo* mostró el camino por donde debía caminar la historia.

Á su espalda caminaban los novelistas, capitaneados del insigne *Cervantes*; y después que, en la reseña de sus diversas clases, reflexionamos sobre las riquezas que aumentaron á nuestra lengua en el estilo bucólico, en el moral, en el narrativo, en el descriptivo, en el jocoso, riquezas abundantísimas y muy dignas de muy particular estudio, advertimos, cuando acababan de pasar, que dentro del templo se gritaba como en tono de aclamación festiva, y que, atropellándose hácia sus puertas multitud confusa de los mismos que iban en el funeral, se desconcertó el orden de su pompa. Sin reparar en los riesgos de la tropelta, movidos de la curiosidad, que era allí nuestra principal pasión, acudimos apresurados adonde se afanaba por entrar el golpe de la gente; y

(1) *Fr. Hermenegildo de San Pablo* es un monje de San Jerónimo que, á mediados del siglo XVII, escribió notables libros de polémica histórica en defensa de su orden. (Nota del Colector.)

(2) *Fr. Jerónimo de San José*, carmelita aragonés, escritor de vasta instrucción y agudo ingenio. Además del *Genio de la Historia*, escribió *Vida del venerable padre fr. Juan de la Cruz* y otras obras. (Id. id.)

(3) El licenciado *Luis Muñoz*. Se distinguió notablemente como autor de vidas de hombres y mujeres célebres. Escribió, entre otras varias, las de *el maestro Juan de Avila*, *Fr. Bartolomé de los Mártires*, *San Carlos Borromeo* y *Fr. Luis de Granada*. (Id. id.)

(4) No sabemos á cuál de los dos escritores insignes que llevaron el apellido de *Fuenmayor* alude aquí FORNER. El Comendador Juan

envueltos en un peloton, nos metió en el templo nuestra temeridad misma.

¡Qué prodigio! Sostenida de los dos *Alfonso*s, X y XI, del príncipe *Carlos de Viana* y de don *Juan Manuel*, personajes destinados para llevar en sus hombros el férretro, vimos en pie la lengua castellana, la cabeza lánguidamente derribada sobre el pecho, exhalando suspiros débiles y fatigados, el rostro pálido, aunque ya no cadavérico, las manos caídas, la actitud postrada y desfallecida.

El ámbito todo del templo resonaba en aplausos, vivas, aclamaciones; hervía el gozo y el regocijo en la multitud de los concurrentes; abrazábanse, saltaban, palmeaban; todo era fiesta, alborozo, todo desórdenes del placer que se había apoderado de aquella turba, cual si fuese mal comicial ó locura epidémica. Duró el bullicio hasta que *Apolo* con un grito imperioso, formidable, impuso silencio y restituyó el sosiego; y alargando la mano y sacudiéndola majestuosamente, mandó así que nos acercásemos al lugar de la escena. Obedecimos, abriéndonos calle la turba, instada de su misma curiosidad, y entonces, enderezando á nosotros la palabra, dijo el númen de las artes:

«Mancebos: en el aparato que habeis visto, he representado á vuestro dolor el que sufrirán irremediadamente los doctos de España, si no tratan de refrenar el maligno ímpetu de los corruptores de su lengua. Esta no yacia muerta; en la suspensión de un parasismo aparentó los accidentes de la muerte por disposición mía, para manifestaros con la vista de tanto hombre insigne lo mucho que va á perder España si dejan perecer el instrumento de sus glorias. En este amago podéis prever la grandeza de la fatalidad, si llega á consumarse; porque, tenedlo entendido, las lenguas entonces tocan al más alto grado de perfección cuando las cultivan ingenios eminentes en todas líneas; ellos las usan del modo que deben usarse; descubren sus riquezas; las labran, las pulen, les dan aquel temple y vária configuración de que son capaces para que sus explicaciones ó representaciones correspondan fielmente á la calidad vária de los objetos en su infinita semejanza. Poseéis una lengua de exquisita docilidad y aptitud para que, en sus modos de retratar los seres, no los desconozca la naturaleza misma que los produjo; y esta propiedad admirable, hija del estudio de vuestros mayores, perecerá del todo si, ingratos al docto afán de tantos y tan grandes varones, preferís la impura barbaridad de vuestros hambrientos traductores y centonistas á la copia riquísima que aquellos depositaron en los monumentos de su gloria. Poseéis, repito, una lengua majestuosa para las cosas grandes; concisa para las sublimes; pomposa y sonante en extremo para las magníficas y de grande aparato; tierna, blanda y suave para las amorosas; expresiva y eficaz para las agudezas; rápida é impetuosa para las imágenes y afectos vivos y vehementes; lozana, desenvuelta y ágil para las risas, los juegos y los solaces; sencilla, cándida y noblemente rústica para los objetos campestres. Su naturalidad para las gracias y donaires, su gravedad para las cosas serias, y su amenidad para las floridas y deliciosas son incomparables; y de esta variedad de caracteres, que no está, no, en las cosas que se dicen, sino en las palabras, locuciones y modulaciones de que está enriquecido el genio mismo de la lengua, procede aquella abundancia que tanto han ponderado y recomendado los que con mayor ingenio y estudio procuraron apurar y desentrañar las excelencias de su mecanismo. Ahí están, ahí los veis, esos hombres respetables, en quienes podéis y debeis

aprender esta copia enérgica, que imprime en la construcción de las voces las propiedades mismas que existen en la realidad de las cosas.

«Ellos hicieron en España lo que *Homero*, *Demóstenes*, *Platon*, *Tucidides*, *Sifocles*, *Menandro*, *Pindaro* y *Teócritos* en Grecia; lo que *Lucrecio*, *Terencio*, *Ciceron*, *Salustio*, *Livio*, *Horacio* y *Virgilio* en Roma. La elocuencia griega no pudo pasar más allá de los términos adonde la llevaron *Homero*, *Platon* y *Demóstenes*; la latina más allá de adonde la dilataron *Ciceron*, *Livio*, *Horacio* y *Virgilio*. En la castellana nadie hará más de lo que produjo la facundia estudiosa de ese escuadron de sabios que he ofrecido á vuestra admiración, reflexión y ejemplo. Mientras no se restaure en vuestra patria la juiciosa emulación de sus estilos, la lengua yacerá en el estado que la veis, desmayada, postrada, marchita; enferma, finalmente, y en riesgo de fallecer, para eterno oprobio de vuestro descuido. Id, pues, volved á España, y publicando cuanto aquí habeis visto, observado y reflexionado, despertad con estas noticias el letargo de vuestros ingenios, y estimulad sus conatos para que pueblen esta región con la misma abundancia de hombres insignes que en los buenos tiempos de su literatura.

«Pero ántes venid, y presenciareis, no ya en solemnidad fúnebre, sino en castigo merecido, el que deben sufrir los detestables abortos de la barbarie.» Dicho esto, mandó conducir la débil lengua adonde se cuidase de su salud; y saliendo del templo, seguido de todo el concurso, se encaminó al sitio donde estaba levantada la pira. Llegados á ella, y cercada del inmenso gentío, ordenó que se encendiesen mechas y con ellas pusiesen fuego á aquella hacina enorme de libros y papeles.

Por hallarme en proporción para ello, pude observar hasta las más mínimas menudencias de lo que pasó en esta ejecución, solemnizada allí con extraño júbilo. Un ganapan hizo mecha de unas *Reflexiones sobre la poesía*, de un tal *Filoleteas*, juntándolas, para aumentar el material, con el pobre *La Fontaine*, estropeado miserablemente en unos versos, que no parece sino que se habían fabricado por el molde de la barbaridad *Filoleteia*, ó más bien *Filofrenética*. Mayor consonancia entre poética disparatada y poesía insulsa y carrasqueña no se hallará ni entre la epopeya de *Maron* y los preceptos épicos de *Aristóteles*. ¡Tan seguro es que en los desaciertos se arriba más fácilmente á la eminencia de la perfección! Otro asió de las obras de *madama de Genlis*, que ardieron con celeridad prodigiosa. ¡Tan inflamable debía de estar la materia! Con horrible impiedad arrolló otro en forma de torcida, descuartizándolo ántes, un rollizo tomo de versos alejandrinos en frigidísimo y barbarísimo romance, cuyo autor tuvo la moderación de apellidarse *poeta filósofo* (1); porque claro está que para ser poeta y para ser filósofo no es menester más que bautizarse uno á sí mismo con la friolerilla de los dos títulos. La rancia novedad de la poeta alejandrina mereció solemnísimos silbos de la mosquetería del Parnaso, viendo que los cuatro martillazos que á unas mismas distancias, en cada dos versos, descarga la tal poesía sobre la pobre oreja española, destruían en ella la vária y fecunda armonía de nuestra lengua, que hasta ahora no ha necesitado tomar lecciones de las fraguas ni de los batanes para construir sus versos; y desde luego convinieron en que un poeta filósofo, que desempeñaba su título echando por tierra la gala, soltura y belleza de nuestros números, debía tener una filosofía orejuda y una poesía muy machacona, seme-

(1) Trigueros.

jante al ruido que hace un mulo de Arévalo, ó sea de la Laponia, cuando camina lentamente, bien cargado de barras de plomo, por una calzada. Lecciones de física y de química, anécdotas, historietas de los monarcas del Norte, novelas, moralidades, devocionarios, proyectos y obras predicables y místicas, hacían allí el oficio de la pez y del alquitran, con tal brío, que en un momento ardió por todas partes la alta pira, en cuyo incendio quedaron reducidas á cenizas, de las cuatro partes de los escritores españoles de este siglo, las tres y media por lo ménos. ¡Quién se lo diría á los cuitados! Bien que si las obras reditaron á su codicia ó necesidad las ganancias que buscaron en tal granjería, poco dolor les causaría á ellos mismos le ignominiosa ejecución del fuego. ¡Al negociante qué le importa la gloria!

Concluida esta solemnidad, ordenó *Apolo* que, en vez de los juegos gladiatorios, los que estaban señalados para lidiar en ellos, recogiesen, no en urnas, sino en cachas y espertas, las cenizas que resultaron del incendio, y fuesen á arrojarlas á la laguna de los charlatanes. Hicieronlo así con harta afición, seguidos del numeroso concurso y del mismo *Apolo*, que, ofendido implacablemente de las injurias de nuestra lengua, quería por sí mismo dirigir y efectuar sus desagrazos con venganzas terribles, que mostraban bien lo profundo de su indignación. Llegados, pues, al borde del risco ó derrumbadero que domina á la laguna, mandó hacer alto y que se formasen en medio círculo los concurrentes, dejando en el extremo del borde á los melancólicos esportilleros. Todo quedó en maravilloso silencio. Llamóme entonces, y poniéndome en las manos un cuaderno, «No es razón, dijo, que quede desautorizada tanta función por falta de discurso fúnebre. Sube á aquella peña, que la naturaleza ha levantado allí como para púlpito de este teatro, y desde ella lee esos versos, modulándolos y sintiéndolos de modo que los oigan y entiendan bien los conductores de las cenizas.»

Obedecí, y abriendo el cuaderno, me quedé atónito de ver en mis manos, desde las de *Apolo*, unos tercetos míos, que yo había escondido cuidadosamente á la curiosidad, ya por la poca estimación en que siempre he tenido mi poesía, ya por ahorrar á la ignorancia el afán de trabajar en mi persecución, después que escarmientos me habían enseñado á no fiar mi seguridad en la razón de mi justicia. Conoció *Apolo* lo que pasaba en mi interior, y sonriéndose, dijo: «No te envanezcas por haber visto tus metros en mi poder; apruebo en ellos la materia y la justa indignación, y esto es lo que basta á la oportunidad del caso presente. Tú, en esa sátira, diste con lo cierto de las causas que han destruido en España su lengua y la celebrada solidez de sus sabios. Los males son profundos y peligrosos, y su remedio no está en disimularlos, sino en ofrecerlos á la irrisión del mundo. Lee, pues.» Incliné la frente, y lei lo que sigue.

SÁTIRA

CONTRA LA LITERATURA CHAPUCERA DE ESTOS TIEMPOS (1).

Aunque me exponga á vuestros necios tiros,
Pedantes, perdonadme; que mi nusa
Ni puede ya sufrirse ni sufrirse.
Y pues ya el maldecir tanto se usa,
Permitidme que siga vuestro ejemplo,

(1) FORNER hizo muchas correcciones en el texto primitivo de esta sátira. Las más nos parecen acertadas, y las hemos admitido en el texto que ahora publicamos. Sin embargo, nos ha parecido oportuno consignar algunas variantes. (Nota del Colector.)

Si no en calumnia, en sátira difusa.

¡Oh! Cuánto labio contra mí contemplo
Forjar habillitas de malicia horrenda,
Porque al són de sus vicios no me templo.

Se bien lo que me anuncia la contienda,
Gritos, calumnias, lluvia abominable
De dietarios, que á mí y al juicio ofenda.

¡Pero qué? Cuando logren miserable
Hacer mi vida entre pobreza dura,
Daño más que sus obras tolerable,

¡Mejorará por eso la basura
De sus fétidos pliegos, ni á mi mente
Podrán vedar que silbe su locura?

En tranquilo retiro, en inocente
Penuria, las riquezas despreciando,
Mofaré al charlatan impertinente;

Y, azote eterno del pedante bando,
Por el gustazo solo de silbarle,
Renunciaré al favor, al oro, al mando.

Cuando *Faustino* en sus corrillos garle,
Desenvainando un papelón sangriento,
Que su ciego furor supo dictarle,

En que todo rabioso y fraudulento
Glose algún hecho de mi oscura vida
Para infamar mi justo atrevimiento,

Yo, en mi alegre tugurio, en la guarida
Grata de mi pobreza, su coraje
Riendo, y su sandez mal escondida,

Escribiré: «*Faustino* es un salvaje,
Deje la pluma y póngase á albardeero,
O, si quiere medrar, hágase paje;

»Y aun su labio versátil y embustero
Su vocación allí con mejor tino
Cumplirá, ya abatido, ya altanero.»

En fin, pues ya es comercio el desatino,
También yo he de vender esta semana
Seis cuartos de discurso censorino.

¡Acaso no habrá en mi ignorancia ufana
Para ser escritor? ¡No habrá insolencia,
Presunción, hambre fiera, ambición vana?

¡No sabré destrozar la ajena ciencia!
¡Llamar á todo el mundo mentecato?
Autor soy, si no miente mi conciencia.

Cual si fuera de berzas, pondré trato
De traducciones, y por cada pliego
Dictaré mi arancel, y no barato.

A adular con descaro no me niego,
Ya sea alfabetando nuestros sabios,
Ya en discursillos de argumento lego.

Haré á la ciencia y la virtud agravios;
Mas, ¡qué importa! Esto vale, esto enriquece,
Y mi elogio remitilo á mis labios.

¡Faltaráme el acierto, cuando ofrece
Ejemplos á millares cada esquina,
Que de autores de esquina se guarnece?

Allí el liceo está, donde canina
Me enseña el hambre, en el locuaz *Ninfeo* (2)
A hallar en la barbarie fértil mina.

Allí, en su tarabilla y manoteo,
La fatuidad me dicta sus lecciones
Y el arte de ser rico sin empleo.

En torno de él, en varios pelotones,
La ambición, la avaricia, el pedantismo,
La astucia, y todas juntas las pasiones,

Con máscara de autores, el abismo
Me descifran que encierra y deposita
La ciencia que nos vende su idiotismo.

¡Por amor al saber, quién solicita
Ser sabio, cuando el ocio delincuente
Es ya quien al trabajo nos incita?

Por beber el domingo largamente
En zambra obscena, en sucia mancebía,
O en prado donde el jarro esté presente,

Ansioso el oficial de noche y día
Alquilando sus manos, las ajenas
Ricas hace con misera portía.

¡Veis al triste *Lupino* (3) con mil penas
Abortando misiones semanales,
Atado á ser autor cual con cadenas?

(2) Nifo.

(3) Nifo.